

Misa Crismal – Jueves Santo (28-03-24)

Homilía de Monseñor Carlos Castillo

(Transcripción)

Queridos sacerdotes, hermanos en esta unción y misión; querido señor Nuncio Apostólico, Monseñor Paolo Gualtieri, hermanos obispos presentes; queridos hermanos y hermanas:

Esta misa en la que bendecimos los óleos con los cuales el Pueblo de Dios va a recibir sacramentalmente el Espíritu Santo de diversas maneras en la Unción de los Enfermos, en el Bautismo, en la Confirmación y en el Orden Sacerdotal en todos sus grados, es una celebración para adentrarnos en lo más hondo de la presencia de Dios en la historia por medio de su Hijo y del Espíritu Santo que nos entregó y que recibió del Padre.

En el libro de Apocalipsis (1, 4b-8) se nos dice que Jesús es el “testigo fiel”. Y esta misa es para recordar que todos nosotros en Jesús, somos testigos fieles y llamados a vivir fielmente el testimonio de Aquel que fue enviado a dar la Buena Noticia a los pobres, a curar los corazones desgarrados, a proclamar la amnistía a los cautivos y a los prisioneros la libertad, y a proclamar el año de la gracia del Señor.

Esta identificación con Jesús es el corazón de nuestro ministerio. Difícil porque lo llevamos en Jesús, que nos facilita la identificación si siempre estamos atentos a Él y si estamos atentos a Él en nuestras historias, identificándonos con el dolor humano, con las dificultades de nuestro pueblo, con las necesidades de los más sufridos, con las esperanzas de los que han perdido la esperanza; con todo aquello que Jesús se identificó y que,

además, plasmó como nuevo sacerdocio que los sacerdotes de Israel habían corrompido.

Si bien es cierto que nosotros cantamos con alegría “pueblo de reyes, pueblo sacerdotal, Pueblo de Dios”, eso no es para erigirnos en esa usurpación del Reino que los sacerdotes de Israel procuraron cuando construyeron un templo tirano que sometía a las personas a las exacciones, a los maltratos y a la producción absoluta de dinero.

El Señor refunda el sacerdocio, hoy día, a partir de su sacrificio generoso en la Cruz, que no es un holocausto más que se ofrece en el templo, sino que es el sacrificio de su vida como Hijo de Dios en la historia por toda la humanidad. Nos cuesta comprender este misterio porque siempre tendemos, cuando ocupamos algún cargo o desarrollamos alguna responsabilidad (porque, además, nuestro pueblo nos la da con alegría), siempre tendemos a separarnos de la gente, a colocarnos encima y a soñar como esos sacerdotes de Israel.

Lo he referido varias veces, la “oligopistía”, así como la chapa que Jesús hace a sus discípulos: “oligopistos”, no quiere decir solo “hombre de poca fe”; también se puede traducir de otra manera: “creyentes en la fe de los pocos”, del grupo privilegiado que se coloca por encima de la gente y que manda, gobierna, saca plata, no titubea en alardear, negocia y vive a espaldas del verdadero Dios. Evidentemente, viven mirando al “dios” que los endiosa, pero el Dios en el cual creemos nosotros es el Dios que se humilla por el Otro.

Eso es muy costoso para todos porque estamos acostumbrados y vivimos en una historia en donde, gracias a las formas de gobierno que han habido, gracias a las

formas que han tomado las religiones, siempre el sacerdote, inclusive, en las religiones paganas, es principal. El Papa Francisco nos ha enseñado en estos once años que el sacerdote debe ocupar el lugar de más abajo, es decir, el lugar de servidor.

Yo agradezco a todos los que, escuchando este mensaje fiel del Santo Padre a los Evangelios, han ido practicando su labor pastoral con esa humildad y sencillez con las que los hemos visto caminar por los cerros de Manchay, por el cerro San Cristóbal, por el cerro del Agustino, por los barrios populares de nuestra Patria, por los cerros de Chorrillos ... Y, entre ellos, quiero agradecer en especial, a los más jóvenes, que han emprendido su labor con un testimonio profético impresionante, estando cerca de la gente, alentando, y dándose cuenta de que eso, luego, se lleva al Altar. Luego se celebra con todos, luego se comparte el pan eucarístico y el pan cotidiano, luego se dinamiza una Iglesia y se va para adelante.

Quiero detenerme, justamente, en que este “testigo fiel”, que es el Señor, siente la unción ligada a su misión y no la separa; que es siempre el peligro que ha habido en los sacerdotes de Israel y en los que cayeron: se sentían ungidos y, entonces, ya se “elevatoron” al cielo.

El Señor dice: *“Me ha enviado, me ha ungido para dar la Buena Noticia a los pobres”* (Isaías 61, 1-3a. 6a. 8b-9), es decir, inmediatamente, se hace realidad histórica para curar los corazones. El Señor nos hace agentes de buenas noticias, nos hace médicos de los corazones desgarrados, nos hace heraldos para anunciar que van a salir de la cárcel los encarcelados y los prisioneros; y nos hace portadores de la gracia, nos hace a nosotros graciados, no

desgraciados, nos hace graciadores y promotores de la gracia y del don, y no comerciantes de la gracia.

Si lo recuerdo es porque la herencia del Antiguo Testamento tiene que ser repensada a partir del Nuevo. Los cristianos leemos todo el Antiguo Testamento desde la novedad de Jesús, no obedecemos lo que dice el Antiguo Testamento sin Jesús porque, de lo contrario, interpretamos a Jesús al revés. Y Él dice: *“Esta Escritura se cumple hoy”*. Y en la medida en que esa escritura se cumple en nuestras vidas, se cumple también concretamente la identificación con Jesús en nuestra historia, con nuestros problemas, a la cual tenemos que atender y mirar cara a cara.

Y en esa mirada, el Señor nos enseña a mirar para meternos hondamente y, desde el corazón de ella, anunciar la Buena Noticia de su presencia. Somos testigos de la presencia actual del Señor en la coyuntura peruana; somos testigos de la presencia del Señor en la situación en que vive mi parroquia y mi pueblo; somos testigos del Señor en las cárceles, en las calles, en los bailes de los jóvenes, en las plazas, en todas partes. Y eso requiere mirar.

Y el Señor invita a sus discípulos a que no anden preocupados: *“Miren los lirios del campo, miren las aves del cielo que ni tejen, ni siembran, ni cosechan y, sin embargo, Dios los ha vestido y les da de comer. Cómo no va a ser mucho más con ustedes”*. Y ahí usa la palabra “oligopistos”, pretendientes de ser reyes, pretendientes de estar fuera de la gente, como los pocos, la élite del templo. Ese seudónimo que les creó a los apóstoles fue para recordarles que esa herencia recibida del sacerdocio de Israel tiene que superarse por todo creyente todos los días. Y eso implica siempre una especie de despojo en nosotros.

Este despojo ocurre en todo ministro que anuncia al Señor Jesucristo como la salvación. Y, ¿por qué razón? Porque, como es una salvación en la historia y la historia se mueve y es dinámica, tenemos todo el tiempo que estar en camino repensando nuestra forma de ser sacerdotes.

Y es lindo, por eso, lo que les digo el ejemplo de los más jóvenes que se adaptan muy fácilmente a cómo anunciamos el Evangelio en el calor de lo que estamos viviendo. Uno me decía que se encontraba muy alegre - aunque muy cansado - porque tenía doce capillas y las caminaba todo el tiempo (ahora lo hemos cambiado ya de parroquia para que descanse un poco), pero es un ejemplo de cómo la vivacidad de nuestro sacerdocio nos invita a ser testigos y a comprender la vida de la gente, colocándose de su lado.

Y, hoy día, el Santo Padre ha dicho en la Misa Crismal de San Pedro, ha dicho con toda claridad que hemos de llorar con la gente, hemos de sentir hondamente su dolor para poderle anunciar el mensaje de la alegría, de la esperanza. Y cuántos motivos, hermanos y hermanas, tenemos para poder hacer esto en un momento tan trágico como vive la humanidad y como vive también nuestro pueblo.

Y dijo el Santo Padre que esto no es para recriminar ni polemizar con los males de la humanidad, sino para llorar con ellos y por ellos, por el pecado de la humanidad y por nuestro propio pecado para que, desde ese desgarramiento hondo de nuestro ser, identificándonos con ese dolor, sintamos la presencia de la luz que nos ilumina y que ilumina en medio de la tiniebla.

Por eso, hoy día, vamos a recordar nuestras promesas sacerdotales que hicieron todos ante obispos del pasado o

ante mí, para que en fidelidad podamos seguir caminando bajo la orientación del Papa Francisco, como lo ha sido bajo la orientación de cualquiera de los Papas anteriores.

Gracias a Dios, tenemos ejemplos de Papas santos: San Juan XXIII en el Vaticano II o San Pablo VI. Todavía no es santo, pero tenemos a Juan Pablo I que vivió en santidad y murió prematuramente, a San Juan Pablo II que si ya es canonizado, y, luego, tenemos al Papa Ratzinger, que también ha sido una persona santa y poderosamente reflexiva. Y quiera Dios que, por la santidad vivida tan fuertemente en su ser, el Papa Francisco, algún día, llegue también a participar del reconocimiento de toda la Iglesia por lo que está haciendo durante todos estos años.

Y digo esto porque (lo he dicho ya en alguna reunión con todos ustedes), nosotros no elegimos al Papa. Ya corre una herejía en la Iglesia de decir: “este no es mi Papa, este no me representa”. Al Papa lo elige el Espíritu Santo, no nosotros.

Y por eso mismo hemos de asumir que nosotros hemos sido elegidos por el Espíritu Santo y, por lo tanto, estamos llamados a dar testimonio. Y, por lo tanto, aceptar nuestra humanidad, que ha sido penetrada por el Espíritu y obedecerlo en todo momento, inclusive, contra nuestro propio interés, manera de pensar o vida, porque estamos para dar testimonio, porque es un don preciado que debe crecer en nosotros, renunciando a todo aquello que sea distinto o contrario a Jesús.

Que el Señor, que a todos ustedes siempre los inspira, les permita también tener esa grandeza de la oración que llora con su pueblo, por el pueblo y por los pecados que todos llevamos como vasos de barro en este cuerpo.

Que Dios los haga a todos sacerdotes santos del Señor, capaz de dar testimonio con toda sencillez, bondad y entereza, sobre todo, pensando en que se vienen tiempos de testimonio que van a ser muy exigentes y en donde, inclusive, está a las puertas, en muchos de los casos de la historia actual, el martirio como un camino posible; un camino que, evidentemente, no se busca, pero se acoge en el momento oportuno y se decide aceptarlo porque es el mejor camino para que quede una enseñanza hacia el futuro de la humanidad acerca de quién es Dios. Lo estamos viendo en Nicaragua, lo estamos viendo en los pueblos martirizados de Israel y Gaza, lo estamos viendo en Ucrania, la cantidad de personas que, además, han muerto gravemente por obra de la insidia, de la vileza, y del maltrato de quien se cree dios cuando no es Dios, sino un simple pobre hombre o pobre mujer.

Que Dios nos ayude en este camino y sepamos responder a Dios obedientemente. Para eso, pidámosle que nos ayude a llorar por nuestros pecados y por los pecados de la humanidad.

Dios los bendiga y gracias por su servicio, por su testimonio y por su ayuda.

Amén